

TÍTULO: BÚSQUEDA CONEXIÓN

AUTOR: JINETE DE LETRAS

Se levantaba siempre dos horas antes de lo normal para llegar a su trabajo. Apenas despertaba, rezaba incluso para tener un día tranquilo, pero eso era tan variable, porque no manejaba por completo sus acciones. Su mente era rebelde y más que rebelde, podía ser hasta excesivamente cruel.

- ¿Por qué me sucede esto a mí? - se miraba cada día al espejo, sin obtener una respuesta, una señal y, aunque volvía a su pasado como en una regresión, cerrando incluso los ojos, no lograba concluir qué era ¿Qué pasó con su mente que se atrofió? Algunas veces golpeó su cabeza de manera intencional, para ver si formateaba su cerebro; lo único que logró: un buen chichón o un poco de sangre en su sien. Tenía ciertas sospechas de un golpe que recibió a los 16 años, pero solo especulaba.

Las dos horas antes le permitían, de alguna manera, anticiparse a algún acto sin control, donde su cerebro lo desconocía, sin conexión con su voluntad: volaba solo y ni siquiera sabía a dónde en esos momentos, siendo todo un misterio. Existían días donde todo funcionaba rápido, con normalidad, significándole solo 30 minutos. Vivía con su mascota y en su rutina diaria: se duchaba, ordenaba su cama, preparaba su desayuno, tomaba sus píldoras, le dejaba el alimento a su perro Napo (su nombre completo era Napoleón) y partía a su trabajo. Pero cuando sus circuitos desconocían a su voluntad, aquello podía ser completamente distinto y salir de su hogar parecía una aventura y, más que una aventura, una pesadilla, pero que no recordaba del todo. Realizaba actos involuntarios, donde su consciencia se anulaba en esos instantes, representando una infinita incógnita.

Habilitó cámaras en las distintas habitaciones para conocer sus acciones en aquellas que desconocía y descubrió un sinfín de rituales. En algunos, lavaba los platos, los dejaba en su lugar y luego volvía a restregarles un paño con agua, reiteradas veces; en otros, cerraba con llave la puerta, la introducía, la sacaba e introducía, mientras en todas estas manifestaciones siempre estaba presente su

amigo Napo, quien tenía un ladrido mágico que desbloqueaba su mente y activaba su voluntad. Por eso, tenía una relación muy cercana, ya que muchos y, sobre todo, muchas se alejaban de él, siendo Napo el más fiel de todos. El recorrido por su casa, en sus trayectos podía considerarse que su mente actuaba con rebeldía, pero a la salida de su espacio de confort, sí aparecía la verdadera crueldad de su cerebro; afortunadamente, esa condición malévola se esfumaba mientras trabajaba, la baipaseaba, sin saber cómo, la engañaba.

Logró independizarse para vivir solo, incluso, aprender a manejar. Todos pensaban que moriría en un accidente y sobrevivió. Debió conseguir dinero para obtener la licencia de conducir, pero quería más. Buscaba encontrar la normalidad y esa era su lucha continua. Por eso, trazó un plan que le permitiría alcanzar su objetivo. Hace un mes se decidió a aplicarlo para comprobar sus especulaciones. Si bien, relativamente, llevaba una vida normal, cuando ya generaba cierta cercanía con alguien, depositando su confianza, aparecía su TOC en alguna circunstancia que lo ridiculizaba, principalmente, con las mujeres que le gustaban. En las primeras citas siempre demostraba seguridad de sí, su TOC era indescifrable, pero cuando los niveles de conocimiento aumentaban y ambos esparcían sus feromonas al verse, se activaba, de inmediato, su mente rebelde. Le jugaba una mala pasada, actuando fuera de los cánones normales: sentándose y parándose de una silla, sacando el celular del bolsillo reiteradas veces, ingresando a un lugar por la puerta de salida en vez de la de entrada y contabilizando cientos de ritos; inclusive, dando pausa a su caminata. Podía ir de la mano con una mujer y su mente viajaba para quedarse estático sin avanzar, mientras ella lo miraba sin entender qué le sucedía. Algunas hasta escapaban y cuando despertaba no veía a nadie a su lado. Por lo mismo, podía encontrar el amor, pero no mantenerlo, sin comprensión de parte de aquéllas y eso lo quebraba. Prefería aislarse del cariño, porque la cercanía detonaba esa mente maliciosa acosadora.

Creía que la desconexión entre su voluntad y la mente se produjo, exactamente, cuando estaba en el colegio, a los dieciséis años. Era un adolescente ejemplo, muy preocupado de sus estudios, con un rendimiento destacado por todos sus

profesores y tranquilo. No se metía en problemas, salvo en una oportunidad por interceder en una pelea. Raimundo Bertens, un jugador seleccionado de Rugby del colegio quería golpear a otro compañero que con suerte le llegaba al hombro y, por ser noble, al intentar detener la pelea, le llegó un combo en la sien que lo hizo caer al suelo sin conocimiento. Sintió un eco en su cabeza, rebotándole por segundos, pero pareció mucho más tiempo, mientras yacía tendido en el piso. Le rodeaban al menos diez compañeros que le hablaban, pero escuchaba voces difusas, hasta que mágicamente sus circuitos se estabilizaron y lo devolvieron al presente. No recuerda por dónde navegó en ese lapsus que se le repetía en las pesadillas y también aparecía en sus días.

Años después aparecieron los trastornos, pero esa representó la situación más violenta que vivió y que le hacía pensar fuese el detonante de esto, llenándole sus días de rituales. Por lo mismo, estructuró un plan detallado para enfrentar a Bertens, era una especie de *déjà vu*. Elucubraba que, si lo enfrentaba, después de más de quince años, lograría librarse del TOC, pero para eso debía prepararse.

Tres días a la semana practicaba box con una profesora y, en sus primeras veces, sus puños no encontraban destino, más bien deambulaban por el aire dejando solo la estela, sin llegar a los guantes de su profesora. Una y otra vez insistía, recordando la cara de Bertens, hasta que por fin sus nudillos chocaron con los guantes de ella; había calibrado su golpe, empezándole a dar más fuerza y dirección; además, su juego de piernas bailaba en un metro cuadrado, con tal motricidad fina que esquivaba cualquier golpe. De manera paralela, realizaba un seguimiento a Bertens para conocer sus horarios, lugares comunes y domicilio. Seguía siendo un verdadero toro, con su 1.90 mtrs. Y, seguramente, ganando 20 kilos más desde la última vez que lo vio.

Nunca sintió tal odio por nadie y al verle se activó toda su concentración, así verificó que su TOC no se activó, siendo el miedo que tenía al vivir ese reencuentro. Se escondió en su auto por una semana. Llegaba a las 17.00 horas. Se estacionaba afuera del trabajo de su próximo contendor. La primera vez, lo siguió a pie para conocer su trayecto. Bertens caminaba de traje gris, sombrero y un maletín de

abogado, de esos de cuero y color café. Vivía a diez minutos de su trabajo. Según investigó laboraba en un bufete penalista. Su recorrido, continuaba por una plaza y caminaba cabizbajo siempre y, también, mirando hacia todos lados como si alguien lo persiguiera. Luego, cruzaba una avenida, doblaba por otra calle y llegaba a su departamento. Realizaba con pulcritud su traslado desde su trabajo a casa, según corroboró, día tras día.

Recordaba que el suceso del golpe fue a las 17.45 horas. Repetiría ese horario y el día, fue un miércoles, todo como un verdadero ritual. Se le hacía importante, al menos, eso calzara. Lo único que le regocijaba era que Bertens parecía infeliz. Era extraño, pero su alma se llenaba siempre de episodios puros y, primera vez, que sentía ese ánimo de vendetta. Calculó cada golpe, sí, debía ser en la sien. Eligió el departamento de él como ring. Sus combos cada vez eran más efectivos en sus impactos. Hundía la bolsa, sacando toda su ira. El único que conocía su plan era Napo, quién lo observaba, sin demostrar aprobación. Bajaba sus orejas cada vez que le comentaba de su plan de venganza.

Gracias a hablar con el conserje del edificio de Bertens, supo que éste vivía en el departamento 502, un quinto piso. Llevó una pizza y se hizo pasar por *delivery*.

-Perdón, ¿cuál es el departamento del señor Raimundo Bertens?, solo me aparece tercer piso-

- No, no señor, es el piso cinco, departamento 502-, respondió. Una vez conocido el número, dejó la pizza en la mesa de recepción y mencionó que tenía que irse.

Todas las coordenadas las tenía detalladas con los rangos horarios del recorrido de su excompañero; en un papel craft, dibujó un mapa que graficaba cada parte de su plan para que no tuviese falla. Sí o sí, según los tiempos este debiese estar en su departamento a las 17.30 horas, tal como lo observó la semana que estuvo de guardia.

Antes de salir, se miró al espejo. Estaba preparado con un buzo, zapatillas cómodas de running. Buscó a Napoleón para despedirse, pero dormía, así que solo le palmoteó despacio su cabeza. Se le olvidaba algo importante también, su reloj que

dejó en el baño. Su concentración estaba puesta en salir con éxito de su plan y la mente no le había jugado ninguna mala pasada, más que cosas cotidianas.

Ya eran las 17.00 horas. Subió a su auto y se dirigió a destino. Se estacionó al frente del edificio de Bertens. Contaba con toda la panorámica para ver el momento justo en que llegaría. Sus ojos no se despegaban de la entrada del edificio y se le aceleraba el corazón cuando se acercaba el momento.

Dieron las 17.30 horas y éste no llegaba. Se impacientaba y sus rituales aparecían, apagando y prendiendo la radio de su auto, una y otra vez, mientras sus tiempos analizados se quebraban. Su plan maestro, sufría con cada segundo avanzando, sin poder congelar ese momento. Sus circuitos se despedazaban entre sí y cuando las agujas del reloj marcaron las 17.45 horas, no aguantó más y salió del auto, solo corrió por la misma ruta que Bertens registró cada día.

Y fue en ese momento que lo vio, se cruzaría frente a él; lo identificó a 10 metros. Venía igual que siempre, con su misma mirada y cabeza gacha. Continuó su avance rápido, casi corriendo. Estaba muy cerca de él.

-¡Domínguez, hola, amigo!- gritó Bertens, feliz de encontrarlo después de tantos años. Primera vez que lo veía sonreír, desde que comenzó a vigilarlo. Ya estaba a centímetros, mientras éste extendió sus brazos para darle un abrazo, él empuñaba su mano y retrocedía su brazo para asestar su golpe. En ese preciso momento, Bertens volvió a decir la palabra 'amigo', y no sabe qué paso con sus circuitos, pero terminó desempuñando su mano derecha, abriendo también sus brazos y lo abrazó varias veces, sin dominar la acción.

Bertens gozó con el reencuentro, mientras él solo atinó a soportar aquel cuerpo incontrolable. Claramente, la vendetta no era lo suyo, más bien el alma que sí mostraba bondad, pero... ¿quién dice que alguno de esos abrazos no lo reconectaron?